

EL HOMBRE QUE NO PONÍA NOMBRE A LAS ESTRELLAS

El verano es quizá la estación que menos me gusta astronómicamente hablando, bueno, matemos, la que menos me gusta al telescopio. A simple vista o con prismáticos es de una gran belleza. Además, la agradable temperatura y esa mágica quietud estival, se convierten en una tentadora invitación a pasarse horas y horas bajo el manto estrellado.

En ésta época siempre me acuerdo de un hombre, que armado con unos binoculares de quien sabe que tamaño y aumento, escudriñaba el cielo noche tras noche. Yo era muy pequeño y estaba en las habituales vacaciones en una masía de un pueblo de Girona.

Algunas veces, me acercaba a él y le preguntaba: - ¿que miras?. Él respondía casi siempre lo mismo:- el cielo, no se lo que estoy viendo pero me gusta.

El otro día quise hacer un experimento que tenía pendiente: mirar el cielo sin planes, dejándome llevar, sin preocuparme por lo que estuviera viendo. Igual que aquél hombre de los binoculares. Olvidando a Messiers, Ngc's, Arp's y derivados.

Me prometí a mi mismo no dar nombre a ningún objeto celeste que apareciera por delante de mis ojos. Una especie de limpieza taxonómica. Era difícil. ¿Cómo se puede observar M 11, M 13 o M 17 y no llamarlos por su nombre de pila?

Me dirigí al dobson de 40cm, le puse un ocular de gran campo y muy bajo aumento y me dispuse a dar tumbos sin rumbo fijo por el firmamento de Àger.

Las regiones de la Vía Láctea quitaban el hipo, con 16 pulgadas tragando luz el campo del ocular se llenaba de tal cantidad de estrellas que se convertía en un espectáculo sobrecogedor.

No tenía prisa, movía el telescopio muy lentamente, casi a velocidad sidérea. Cuando encontraba algo que me gustaba me detenía. Conseguí dar con cúmulos y nubarrones anónimos, que maravilla... Algunas veces seguía siendo complicado, ya que , a pesar del poco aumento, mi mente embrutecida por la infinidad de catálogos existentes, sucumbió, y tuvo que dar nombre a cuerpos celestes como: la planetaria del "Ojo de Gato", el "tripleto de Draco", M 27, M 57, la "Nebulosa Parpadeante" en el Cisne o la misteriosa Trífida. Que se le va a hacer...

Pasé un par de horas así, buscando el anonimato celeste. A pesar de que durante algunos ratos lo conseguí, quizá ya es tarde para mí, y mi mente ya está demasiado llena de números y catálogos.

Llegados a este punto, no puedo sustraerme a establecer un paralelismo con la vida cotidiana de un adulto, muchas veces llena de absurdas etiquetas, ofuscaciones y convencionalismos.

Espero que, si aquél "hombre que no ponía nombre a las estrellas" se ha comprado un telescopio, siga mirando el cielo como lo hacía en la masía de Girona. Como un niño, sin prejuicios...

- Publicado en ASTRUM (Septiembre 2009) -